

CAPTACIONES DE AGUA DE LA SOCIEDAD «NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCIÓN», DE HUÉRCAL-OVERA. CRÓNICA DE UNA AVENTURA

ALFONSO GONZÁLEZ SÁNCHEZ

Investigador

SALVADOR GONZÁLEZ SÁNCHEZ

Fotógrafo

La ocasión la propició un arruinado molino harinero, sobre el que nada ni nadie me facilitaba referencia alguna. Molino que, sin temor a equivocación, no lo ha habido mejor en todo el término de Huércal-Overa. Sorprende imaginarlo en sus mejores años, en este sacrificado rincón de España, donde por tanto tiempo sólo ha existido una economía de subsistencia. Con sus paramentos de piedra de sillería y sus techos abovedados del mismo material cubiertos de teja. Tan diferente al común de los edificios, de muros de adobe, techumbre formada por troncos de cualquier árbol, sobre los que una base de caña constituía el soporte de la tierra roya que tenían por cubierta. Materiales tan deleznable que, si resistían el paso del tiempo, era gracias a continuas reparaciones. Por un pequeño hueco a través de sus dos plantas, por el que giraba el «árbol», se descubre que era de una sola piedra, y por el cubo adosado a su parte trasera, que la energía para moverla la obtenía del agua. Para ello se abastecía de unos depósitos subterráneos (los más grandes que he visto en mi vida) en forma de raspa de pez, situados a escasa distancia. Lo que inequívocamente indica que su actividad llegó a ser muy intensa.

Cuando lo vi por primera vez quedé tan fascinado que me propuse investigar sus orígenes. Pregunté a ancianos del lugar, y la única información que obtuve fue que siempre lo habían conocido arruinado. Me dijeron también que cuando eran niños, sus mayores ya lo nombraban por «el Molino Viejo». La consulta documental resultó aún más infructuosa. He leído, por diferentes razones, infinidad de protocolos notariales de la villa del siglo XVII y algunos de comienzos del XVIII, y no he hallado ninguna referencia a él. Esto, paradójicamente, aporta un dato significativo: no estaba activo en esa época, bien por estar arruinado o por no estar construido. En 1753, año en que se concluyó el «Catastro de Ensenada» en la villa, no



Ruinas del «Molino viejo» de Abejuela

debía existir, ya que no lo incluye entre los 10 molinos censados en el término municipal. También quedaron detalladas en él las propiedades, profesiones e ingresos de todos sus habitantes, que dicho sea de paso ascendían a 5.280 almas. García Asensio, en su *Historia de Huércal-Overa*, tampoco lo citó. Así es que por todo ello, y otras cuestiones más subjetivas, opino que se pudo construir en la segunda mitad del siglo XVIII, y que estaba ya arruinado a comienzos



Interior del molino

del XX. Dicho esto con reservas, ante la posibilidad de que exista alguna persona conocedora de su historia, o documentación al respecto, que me puedan rebatir; con la frustración que me causa no haber encontrado ni a unos ni a otros.

Como esta conjetura no alcanzaba a satisfacer mi curiosidad, decidí que tenía que recorrer sus inmediaciones, en busca de algún tipo de infraestructura que, relacionada con él, aportara algo a la investigación. Pero no debió de ser ésta una decisión con determinación, ya que pasaron más de dos años sin volver por allí, aunque la intención permanecía latente. Por eso, cuando mi amigo Salvador me dijo de salir a recorrer el término municipal, sin dudarlo le propuse ir a este sitio; le pareció bien y quedamos de acuerdo para el día siguiente.

Llegamos de buena mañana al molino y, tras las miradas de rigor, comenzamos la búsqueda circundándolo, alargando con cada vuelta el radio, atentamente, decididos a no dejar pasar nada por alto. Apenas nos encontrábamos a un centenar de metros de él cuando vimos una pequeña estructura que, a primera vista desde la distancia, podía ser cualquier cosa. La construcción, un cubículo de reducidas dimensiones, aunque antigua no se conservaba muy mal. Es-

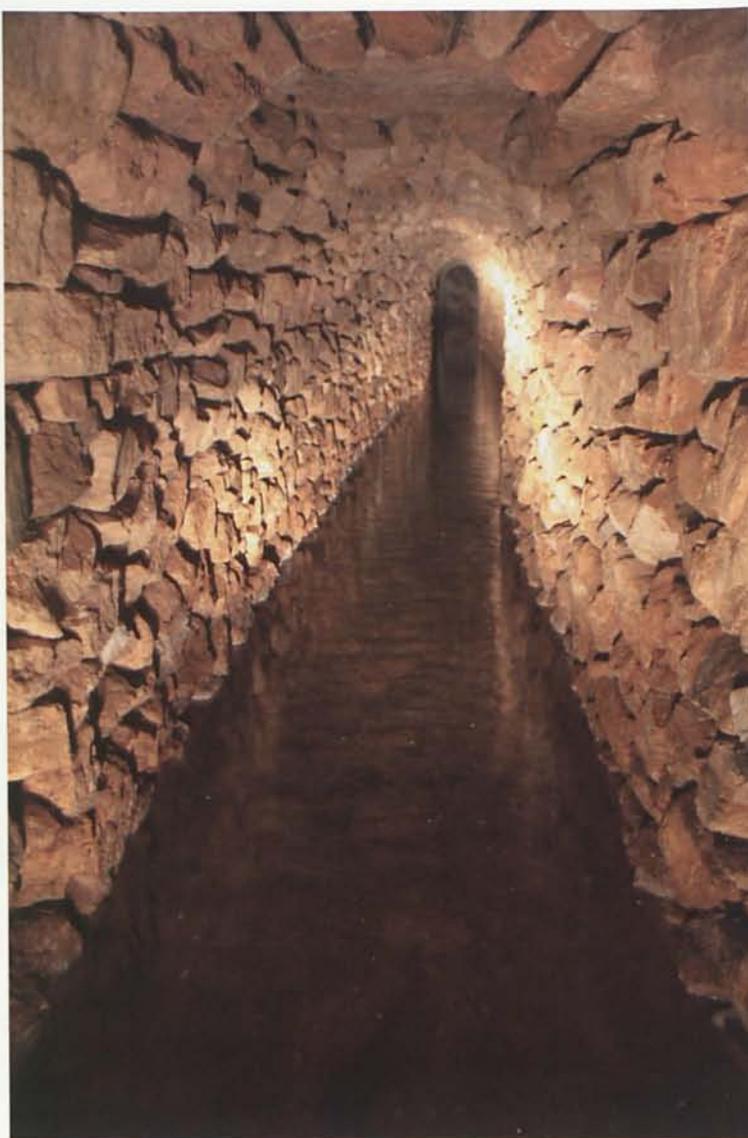
ta realizado de mampostería, y en una de sus caras presentaba un arco de medio punto, formado por bloques de sillería. En su vano una sólida puerta de barrotes de hierro nos habría impedido el acceso, de haber contado con cerradura. Echando un vistazo a través de ella se observa al frente una pequeña hornacina. Al instante me digo que si alguna vez ha lucido en ella una imagen sería de la virgen de la Asunción. Su existencia, inevitablemente, me remite al recuerdo de otra similar que he visto muchas veces en la planta baja del molino, confundíendome esta coincidencia. La entrada a este habitáculo no se presenta horizontal sino en vertical, y por ella unos pocos escalones, tras rebasar el umbral, nos introduce en lo que es inevitable comparar con un hormiguero. Allí distintas galerías discurren en diferentes direcciones. Las más se encuentran cegadas, unas intencionadamente otras por desprendimientos; incluso hay una que resulta imposible franquear sin medios, por interponerse el tiro perpendicular de una lumbrera. El único corredor transitable se abre escalonadamente hacia la oscuridad, a corta distancia de la entrada. Infinidad de capas de polvo y tierra cubren sus peldaños de madera, delatando pisadas exploradoras, que por indecisión de quien las produjo tan solo

se dibujan por un corto trayecto. Su buena disposición facilita el descenso, contrariamente a la opresión que produce avanzar hacia lo desconocido, que lo dificulta. Dejamos atrás muchos escalones, que junto con la galería realizan varios quiebros, hasta llegar a ver la luz al final del túnel. Aunque débil, es suficiente para comprobar que entrando por la boca de una lumbrera, abierta al exterior muchos metros sobre nuestras cabezas, descendía perpendicularmente hasta otra galería varios metros bajo nuestros pies. Observamos los destellos que levantaba en un inesperado torrente de agua, produciendo tan agradable sensación de serenidad, que por un momento nos hizo relajar la tensión contenida. Mas haciendo un rápido diagnóstico de la situación, nos pareció que, aunque la visión resultaba interesante, no compensaba al riesgo, por lo que decidimos regresar al exterior.

Sin que nadie me lo indicara sabía donde habíamos estado. Comentarios relacionados con el lugar, escuchados tiempo atrás, lo describían perfectamente. Pero para conocer más de él, decidimos volver en otra ocasión a buscar el origen del agua.

El parte del tiempo daba chubascos para aquél día de finales de invierno y el cielo, consecuentemente encapotado, amenazaba lluvia. El día anterior, al acordar la salida, estábamos despreocupados, convencidos de que ninguna circunstancia meteorológica truncaría nuestro propósito, y que disfrutaríamos de una jornada en el campo, que cuando menos se presentaba interesante. Con decisión nos dirigimos a la Sierra de las Estancias, hasta llegar tal y como habíamos previsto al «Molino Viejo». A poniente el «Castillar» con su insultante cantera, y tras éste el despoblado de Abejuela. Por este lugar, hace más de un siglo, la recién constituida sociedad «Nuestra Señora de la Asunción» realizó con éxito labores de alumbramiento de aguas, siendo de su titularidad la galería que pretendíamos explorar.

Sabíamos por diferentes lumbreras que se alinean a lo largo del barranco, que una mina serpenteaba bajo nuestros pies hacia el corazón de la sierra, para robarle el agua que, más que ver, adivinábamos correr por ella. El plan que nos habíamos propuesto era simple: buscar un lugar por donde introducirnos a



Conducción subterránea de agua de la fuente Asunción

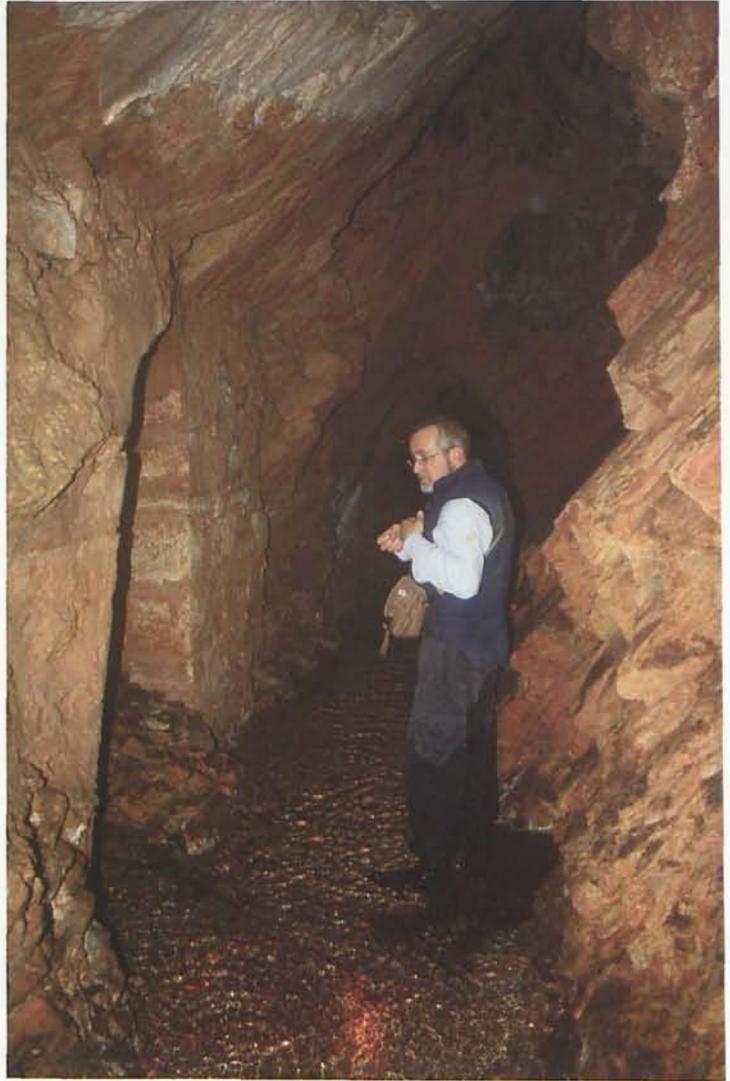
ella y realizar el mismo camino que el agua en sentido inverso, ilusionados con descubrir algún secreto que compensara el atrevimiento. Para ello, siguiendo una hipotética trayectoria, caminando barranco abajo, descubrimos una hendidura en la ladera junto a una zona abancalada, en la que un dispositivo permitía desviar el agua de la galería para el riego. Así pues, ya teníamos la entrada, nos sobraba la decisión... sin más, prevenidos con lo indispensable entramos sin dudar.

Al acceder comprobamos que aquello era otro mundo, en oposición a lo que dejábamos fuera. Sentimos que a pesar de ser fresca la mañana, la temperatura era tan agradable que al momento dejamos de pensar en la frialdad del agua. Por ella, ineludiblemente, habíamos de caminar para recorrer esa

abertura, que ligeramente ascendía introduciéndose en la sierra. La luz solar, que apenas iluminaba más allá de la entrada, pronto dejó de ser visible. Los sonidos exteriores se fueron apagando, dando paso a un ensordecedor silencio, que tan solo el correr del agua o algún soplo de aire rompía con suaves borboteos y silbos.

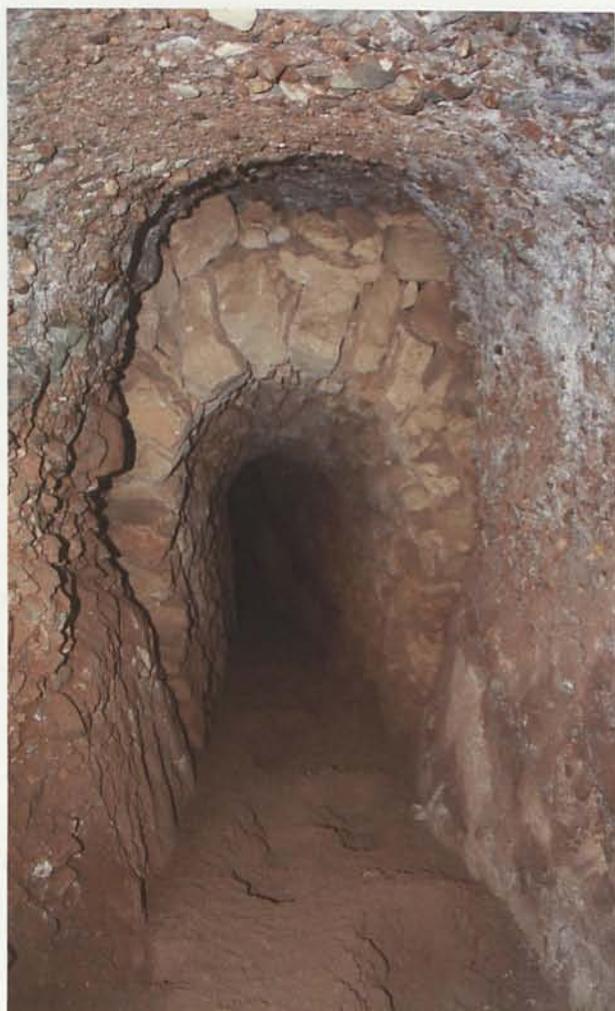
El agua, que se ve clara en su correr, estalla en destellos de plata al ser acariciada por los débiles rayos de luz de las linternas. La escasa iluminación hace que nos sintamos en medio de la nada, pues a partir de corta distancia nada es visible. No obstante, es suficiente para descubrir la magnífica obra realizada. Nos muestra un trabajo bien hecho, aun a pesar de lo esforzado y arriesgado que resulta horadar la sierra, permitiendo a una persona atravesarla erguida, habida cuenta de los medios de que se disponía a finales del siglo XIX. Para hacerla más segura, algunos tramos están reforzados con un recubrimiento de piedra, colocado con gran maestría.

Un lejano resplandor, mayor en la mediada en que nos acercamos a él, nos mantiene en vilo hasta descubrir, llegando a su altura, que una lumbrera permitía a la luz mañanera descender discretamente. Una vez más, se hace evidente lo negra que es la oscuridad aquí abajo y lo lejos que queda el día por encima de nuestras cabezas. Asimismo, otras que se sucedían nos lo iban recordando igualmente. Por ellas comprobábamos que cada vez más nos introducíamos en las entrañas de la montaña. ¿Que cómo podíamos saber esto encontrándonos bajo tierra?, pues es bien simple: por que el agua siempre fluía hacia nosotros, señal de que ascendíamos, y sin embargo observábamos, por esas lumbreras, que cada vez era más la tierra que nos separaba de la superficie. Llegamos a entender que para buscar el agua, realizar estas ventanas al exterior era inevitable, no tanto para ser usadas como sistema de iluminación, que a este efecto su eficiencia es prácticamente nula, ni como sistema de renovación de aire, sino para sacar la tierra excavada sin necesidad de acarrearla por toda la galería. Nos sorprendió descubrir, en las más profundas, que se había excavado una galería intermedia, viendo como justificación probable el que se realizara por ella dicha operación, en lugar de hacerlo por la boca de la chimenea. ¡Tal era su altura!



El autor del artículo en el nacimiento de agua

El no oír ni ver prácticamente nada hace que concentremos los sentidos en lo más inmediato, lo cual, aparte del agua que corriendo busca la salida, no es otra cosa que la galería en sí. Quedamos asombrados de sus paredes y bóveda, de mampuestos de mediano tamaño perfectamente alineado, realizadas como todo lo bien hecho con una finalidad: perdurar en el tiempo. A pesar de ello nuestra confianza no era absoluta, conscientes de que a lo largo de su historia se ha visto afectada por distintos derrumbes. Estos están constatados por diferentes reparos, refuerzos y labores de consolidación que se observan a lo largo de ella, lo que no hace sino confirmarnos su vulnerabilidad y la nuestra. Para no pensar en ello gastamos bromas y reímos con lo que no tendría gracia en otra situación; así nos dábamos ánimo. Y aunque la leyenda negra de la mina, omnipresente impregna el ambiente, sin haberlo



Interior de una de las galerías



Hornacina a la entrada de las galerías

acordado, tácitamente evitamos referirnos a ella, aunque no logramos eludir su recuerdo: Fue hace muchos años ya, cuando una cuadrilla de trabajadores trataba de limpiar la obstrucción que un derrumbe había producido en la galería. El agua se había ido embalsado tras la presa que formaba la tierra desplomada, y cuando ésta fue incapaz de contener su presión, de forma violenta se liberó con todas sus fuerzas, arrastrando con ella hacia la salida a los obreros que no pudieron escapar por las lumbreras, cobrándose sus vidas.

Al igual que un río recibe el agua de sus afluentes, le ocurre a este arroyo subterráneo, al que otras galerías menores contribuyen con su aportación al aumento de su caudal, el cual, por las marcas dibujadas en la pared, se descubre que en otro tiempo llegó a ser muchísimo mayor.

Habíamos descubierto bastantes metros atrás que no estábamos solos, cuando sorprendimos al primer murciélago, que sobresaltado dejó de dormir,

para escapar alarmado ante nuestra presencia. A éste se le fueron uniendo otros, tratando insistentemente de huir en la dirección del agua, lo cual solo podían hacer pasando sobre nosotros, ya que conocedores de su morada sabían que en sentido opuesto no podían salir. Y esta persistencia, que en un principio encontrábamos divertida, resultó incordiante cuando fueron varios cientos los que trataban de sobrepasarnos, intentando escapar por esa única salida, aunque esto nosotros no lo sabíamos aún. No es necesario verlos para saber de su presencia, pues los delata el ambiente, al hacer irrespirable el aire el fuerte olor de sus excrementos, amontonados por todas partes, incluso bajo el agua, dándole color. Al avanzar, el silencio se iba transformando en alboroto de batir de alas y chillidos agudos, mayor en la medida en que más nos adentrábamos. También era mayor la dificultad para hacerlo, llegando el momento en que, más que tratar de escapar parecía que defendían su estancia. Tal era así, que a diferencia de



Grupos de murciélagos saliendo de su morada nocturna al descubrir la luz de nuestras linternas

muchos, que lograban encontrar un hueco por donde pasar entre nosotros y la montaña, otros erraban su propósito embistiendo precisamente a quienes supuestamente trataban de evitar, quedándose prendidos en la cabeza, en la ropa... incesantemente. Hasta que llegamos al final, donde se ve brotar el agua por distintos sitios. En este punto la fisonomía de la galería cambia respecto al resto, pues es mayor la di-

mención que la roca madre le ha otorgado, confiriéndole la apariencia de una formación natural, pero no lo suficiente como para no obviar la mano del hombre en su origen.

Muchos murciélagos de los que cabeza abajo colgaban del techo, si se percataron de nuestra presencia, no se dieron por enterados, e impasibles contemplaron el momento en que invertimos el sentido de la marcha para regresar al punto de partida. Al menos esa era nuestra intención, volver al punto de partida, pero a mitad de camino, al pasar bajo una lumbrera y descubrir en su construcción la intención de permitir salir por ella, decidimos ascenderla. A poco, accedimos a un pasadizo escalonado por el que alcanzamos el exterior, precisamente por el lugar ya visitado gracias al cual llegamos a acordar el realizar la aventura que acabábamos de concluir.

Hay algo curioso, en lo que reparé después de salir de la galería: al preguntarme sobre la distancia aproximada recorrida y el tiempo empleado: no me supe responder. Contrariamente, no tenía ninguna duda acerca de la valoración tan positiva que me produjo la experiencia, tanto que no me importaría repetir.

¡Ah!, en cuanto al molino, del que considero no guarda relación por ser de época anterior, sigo estancado en el mismo punto.



Bifurcación de galerías en la cimbra